

# PRÓLOGO

## LA NECESIDAD DE UNA ÉTICA INTERCULTURAL

En los últimos decenios, la llamada a la ética es un constante reclamo en la sociedad occidental. Las reivindicaciones, de una parte, y los estudios, de otra, a propósito de la ética, han avanzado mucho desde los años setenta del siglo pasado. Se reclama, por ejemplo, una «banca ética», o una «ética de los medios de comunicación», y en las universidades aumentan las especialidades en «ética aplicada».

De hecho, las diferentes épocas de lo que podemos llamar, desde aquellos años setenta, «modernización», han ido seguidas de nuevas formas de acción práctica y reflexión teórica dentro de la ética. Así, en los mismos años setenta, los que siguieron al mayo de 1968 y las revueltas estudiantiles, se introdujo una cultura de *democratización* de la sociedad que implicaba nuevos hábitos y valores de conducta, coincidente con los primeros estudios y foros de debate en ética pacifista, ética feminista, o incluso ética de la vida cotidiana.

Poco después, en la década de los ochenta, se intensifica la *tecnificación* de la sociedad, y de la mano de este otro fenómeno modernizador surgen modalidades como la ética medioambiental, la ética de los animales, la bioética y la ética de las profesiones, en general, dentro de la cual se incluye la de los medios de comunicación. Una nueva oleada modernizadora fue la *digitalización*, en los años noventa, con un impacto cultural todavía superior. La revolución digital comportaba un proceso de individualización masiva, al convertir en obsoletos muchos medios «presenciales» de socialización, un fenómeno que da lugar, en contraposición, a las propuestas conocidas como ética de mínimos y ética cívica o ética de la sociedad civil. Pero en la actualidad se encuentra abierto un nuevo frente en este largo ciclo modernizador, la denominada *globalización*. A través de ella redescubrimos los valores de la «globalidad» y la «diversidad», aunque parezcan antitéticos, al mismo tiempo. Y en consecuencia con esta nueva mente cultural, las propuestas que avanzan hoy son las de una ética global, ética planetaria, ética intercultural...

La iniciativa, en particular, de una ética intercultural, es más original y arriesgada que otras propuestas de acción y pensamiento moral, porque desde antiguo la ética se ha querido mundial o «universal» para todos los seres humanos, pero no se había detenido a pensar que este todo al que se refiere está hecho por y para la diferencia, y no sólo para lo común o igual. No se trata, sin embargo, de una iniciativa idealista, algo así como la profecía de un reino pacífico en que convivan en armonía los seres más distintos («El león reposará con el cordero...», *Isaías*, 11, 1-9), sino de una propuesta justificada por la experiencia y la necesidad, en ésta, de un entendimiento social para salvaguardar la diversidad cultural. Una ética intercultural comparte los respectivos objetos de la ética «fundamental» y de la ética «aplicada». Es, particularmente, esta última, porque presupone y se dirige a las culturas, no a la cultura en abstracto, y se pretende como una contribución práctica en su

favor. La ética intercultural no es una ética comparativa y teórica, sino propositiva y práctica. Y es lo primero, una ética básica y general, porque no puede dar por supuesta, como intercultural, una ética anterior, de la que sería un apartado o una derivación, y porque sus propios fundamentos son o deberían ser válidos para todo sujeto moral, en atención o no a su identidad y circunstancia cultural.

Este su carácter, a la vez fundamental e instrumental, corrobora el hecho de que una ética intercultural no pueda partir de cero, ni tampoco de una pura especulación intelectual o un mero debate académico, sino de la necesidad práctica de articular mejor la convivencia en las sociedades de composición pluricultural. Más que en una idea o en un valor, como la «tolerancia», la «paz» o la «diversidad» por ella misma, la ética intercultural tiene, pues, su razón de ser en la creciente demanda social de patrones morales desde, a través y para la interculturalidad, como hecho ya irrebalsable de la sociedad en proceso de globalización. Por ello es absurdo exigir a la ética intercultural una «justificación».

La globalización, un conjunto de procesos acelerados de interdependencia económica, tecnológica y cultural mundial, ha incrementado la consciencia de los *problemas globales*. Entre los más destacados podemos citar la pobreza y el subdesarrollo, el deterioro del medio ambiente natural, la corrupción financiera, el terrorismo, el narcotráfico, el extremismo religioso, la violación de los derechos humanos, la falta de compromiso ético de gobernantes y ciudadanos, el genocidio y, por descontado, la xenofobia y el racismo. Ante éstos y otros problemas anexos se extiende poco a poco la opinión de que son necesarios, por lo menos, un concepto común del desarrollo y una mínima regulación global de los derechos y recursos de la población mundial, todo ello en la convicción moral de que la humanidad debe poder sobrevivir y hacerlo en condiciones de coexistencia pacífica y próspera de todos sus miembros.

Como vehículos imprescindibles para alcanzar estos objetivos hay que pensar, a mi juicio, en un proceso político de *gobernación global* y un proceso cultural, o «moral», si fuera posible precisarlo así, de *responsabilidad global*. Ambos se encuentran en mutua correspondencia, como no podría ser menos. El primero puede ser traducido en un proyecto de ciudadanía internacional (o, mejor, transnacional, a escala mundial), y el segundo en un proyecto de ética intercultural. Una ciudadanía transnacional constituye uno de los fundamentos imprescindibles para que exista, algún día, un ordenamiento internacional de paz, algo en lo que nos o hacen pensar los crecientes obstáculos de las democracias centradas en fronteras nacionales.

Por otra parte, la ética intercultural es imprescindible para la consecución de una especie de «mínimo común moral» que coopere con la citada ciudadanía transnacional en bien de una globalización más sostenible y humanizada. Un acicate indirecto de esta ética intercultural es la incapacidad de cualquier «moral de máximos», así como de la propia ética «universal», pero con carácter, aún, monocultural —expresiva de valores particulares, no generales—, para poder corresponder al objetivo de una responsabilidad global. A mi modo de ver, también, tanto la ética como la ciudadanía en apoyo de la globalidad exigen al mismo tiempo la meditación y el compromiso hacia un nuevo paradigma filosófico, el de un *pluralismo* interactivo e integrador que evite, pues, su equiparación con el relativismo y las consecuencias atomizadoras del pluralismo predominante o en la teoría social, teñido aún de monoculturalismo liberal.

Desde esta perspectiva filosófica, y con los fines acabados de mencionar, he tratado de contribuir al proyecto teórico de una ciudadanía transnacional con mis libros *Europa después de Sarajevo. Claves éticas y políticas de la ciudadanía europea* (1996), *Política sin Estado* (1998) y *Democracia para la diversidad* (1999), en los que he procurado adoptar una teoría formalista de la democracia,

acorde con el pluralismo al que acabo de hacer referencia. Con un similar afán de consistencia me he sumado al proyecto de una ética intercultural con los libros *La revolución en la ética. Hábitos y creencias en la sociedad digital* (1997), *Sócrates. El saber como ética* (1998), *Por una causa común. Ética para la diversidad* (2002), y este trabajo que ahora ve la luz, sobre la noción misma de una ética compartible entre las culturas.

En el trasfondo de estas obras existe una apuesta, por mi parte, a favor de una teoría cognitivista desarrollada —no parcial o restringida al conocimiento racional—, tanto de la mente como del comportamiento humanos. Mi idea rectora en todos estos estudios y ensayos de filosofía práctica es que ante realidades y problemas globales sólo cabe el análisis comprensivo y el juicio crítico de visión abarcante. Por ello he partido siempre de una aproximación empírica a los temas que me he propuesto estudiar, pero a su vez la he complementado con el método reflexivo y la —espero— libre dialéctica de las ideas. Más en el fondo, aún, tengo la sospecha de que todo en la realidad y el pensamiento está interconectado; que puede ser entendido y explicado, y, a la postre, puede ser transformado. He razonado así de este modo las bases de una ética intercultural, con el ánimo bien distinto, ya se ve, al de una postura postmoderna o nihilista, en mi opinión demasiado de espaldas a la realidad.

La globalización tiene hoy lugar bajo el influjo de la que puede ser llamada ideología del «globalismo neoliberal». No ha tomado la dirección alternativa de un «mundialismo democrático», y es por ello que avanza arrastrando desequilibrios y conflictos que la hacen objeto de rechazo por parte de algunos, entre los que se incluyen pensadores de la ética y la política. Con todo, la globalización actual lleva implícitos unos cuantos valores positivos desde el punto de vista moral y democrático, como son los valores de la propia globalidad y de la diversidad; la innovación informativa y la contención ideológica; y la interactividad y la autonomía del

individuo a la hora de operar sobre la información, es decir, la cultura.<sup>1</sup> En mi opinión, sobre éstos y otros valores sociales constructivos es posible fijar una *agenda ética* que recuerde y ordene las directrices apropiadas, en la era, hoy, de la interdependencia, para el desarrollo de un mundialismo democrático.

James Sterba cree que esta agenda implica tres acciones básicas.<sup>2</sup> Dar apoyo a una «ética ambientalista», contra los tradicionales prejuicios antropocentristas de la moral. Continuar el plan de una «ética feminista», contra los arquetipos masculinistas de la moralidad. Y, por último, sustentar una «ética multiculturalista» que supere la visión occidentalista de los problemas morales. Pero a este autor le falta quizá el capítulo principal, que es una ética de la ciudadanía democrática, con la mirada puesta en un mundo más justo y equitativo, y sin pasar por alto la raíz económica de los problemas actuales de convivencia en el planeta. Una ética intercultural no es sólo la que sale al paso de los conflictos de identidades, sino la que se concibe en relación a la sociedad en su conjunto. No es posible, porque sería contradictorio, hacer una interpretación estrechamente «culturalista» de ella. Es una ética pensada para la convivencia, en el sentido más amplio, y por eso la preocupación por un mundo más justo y equitativo le es algo propio.

Cercano a esta visión política, Nigel Dower pone como elemento clave de la nueva agenda ética la afirmación del cosmopolitismo. Aunque distingue en éste tres variantes. La «idealista-dogmática» de profetas e ideólogos. La «libertaria-minimalista» de los librepensadores. Y la «solidaria-pluralista» de los teóricos y agentes hoy más críticos con la globalización.<sup>3</sup> Estos últimos, dice, son aquellos cosmopolitas que creen en la solidaridad de alcance

---

<sup>1</sup> N. Bilbeny, *Democracia para la diversidad*, 65 ss.

<sup>2</sup> J. P. Sterba, *Three Challenges to Ethics*, 27 ss.

<sup>3</sup> N. Dower, *World Ethics. The New Agenda*, 25 ss.

mundial para promover las condiciones esenciales del bienestar, pero que al mismo tiempo renuncian a abrazar ideales culturales específicos y prefieren limitarse a respetar la diversidad cultural y la pluralidad de los valores. No obstante, y a mi juicio, Dower no tiene muy presente que el globalismo neoliberal, que él parece criticar, se reviste muy a menudo de un cosmopolitismo ilustrado semejante al que él mismo nos propone.

Es ésta una ocasión para pensar que existe también una agenda desde el punto de vista teórico de la ética. Una primera cuestión es: *¿desde dónde* fijamos las prioridades de la acción? Es decir: ¿quién dice qué es bueno, y por qué lo dice? El hecho es que, hoy por hoy, las te-o-rías para una ética global o mundial son muy heterogéneas entre sí, formulándose sobre premisas tan distintas como la moral y la psicología, la teología y la política, la metafísica y el derecho de gentes. A mi parecer, y anticipándome a los capítulos de este ensayo, aquellas teorías que permiten avanzar mejor en una perspectiva de mundialismo democrático, ya sugerida aquí, son aquellas que consideran a la ética ante todo como una disposición inherente a la mente humana. Pues el cerebro humano es igual en todos los individuos de esta especie, y las estructuras básicas del aprendizaje social, también, incluido el del comportamiento que llamamos «moral». Me refiero a las teorías cognitivas de la ética, más basadas en el potencial de la comunicación y el conocimiento humanos que en la «naturaleza» misma de nuestra especie o en su «herencia» cultural.

La segunda cuestión teórica es la del *relativismo*, en especial el relativismo «extremo», a la hora de pensar los valores morales y su diversidad. Si creemos que todas las culturas y sociedades son tan diferentes entre ellas que no permiten siquiera ser puestas en relación, entonces no puede existir una ética global para todas ellas. Ésta sólo tendría lugar si los valores morales pudieran, antes, ser comparables entre sí, por lo menos para poder entrar en mutua discusión. Ahora bien —y ésta es la tercera cuestión teórica—,

una ética global no lo es sólo por el hecho de decirse y quererse «global» (o «mundial», «planetaria», «internacional», etc.), sino que tiene que hacer literalmente ciertas estas aspiraciones a la universalidad. La mayoría, si no todas las éticas universalistas hasta hoy, han sido, en realidad, monoculturales, es decir, ligadas a una determinada cultura, y por lo tanto expresivas de una *visión particularista* de los asuntos humanos, que sin embargo se dicen enfocados desde una óptica «universal».

En conclusión, una ética global no puede ser otra que una *ética intercultural*. El propósito de este ensayo es demostrar que es una ética no sólo deseable, sino posible, y viceversa. No es, por lo demás, una ética «multicultural», ni tampoco «transcultural», porque no corresponde, respectivamente, al agregado de diferentes éticas preexistentes, ni resulta de una posible fusión o franja común entre todas ellas. Todo supuesto de armonía se transforma en conflicto para la ética. Menos aún puede ser una ética «meta-cultural», ni «supracultural», porque en el primer caso estaríamos ante una propuesta —si ello fuera posible— independiente de la cultura, justo cuando se busca aplicarla a ella, y aún a las «culturas» en particular; y, en el segundo caso, estaríamos pensando en una ética no sólo separada de las culturas, sino sobrepuesta a ellas, lo que tratándose de una dimensión tan sensible de la experiencia humana como es la cultura, haría que se viera, en fin, como una ética «impuesta» a las culturas.

Si es «intercultural», la ética ha de ponerse al nivel y al servicio de las culturas, se desprenda o no de ellas. No pertenece a alguna o algunas de las culturas en particular, ni es ajena, por lo contrario, a todas ellas, pues aunque no se dedujera de ninguna, su propósito es ser común y aplicable a todas, sin tener que presuponer, mientras tanto, que alguna es superior al resto. Por eso mismo, una ética intercultural no puede presentarse tampoco como ética «civil», ni «laicista», ni «racionalista», bien que puede y debe ser cívica, laica (o, mejor, no confesional) y, cuando menos,



razonable. Aquellos primeros calificativos harían que la mayor parte de las culturas la rechazaran por pretender ser aún demasiado occidentalista.

En cualquier caso, la ética intercultural es un desafío, como es un desafío la ética misma. Aquélla es posible en la medida que lo sea también esta última. Pero la ética, sin adjetivos, tampoco puede ser verdad, si su existencia intercultural es declarada absurda. No puede ser absurda ya en nuestro tiempo. La globalización ha hecho al mundo pequeño y a la vez repleto de diferencias que tratar.

El mundo finito ha comenzado. Es una nueva ocasión histórica para la ética, que debe ser pensada por primera vez para un mundo en que lo universal y lo particular, lo común y lo diferente, presionan al mismo tiempo. Como sea, tiene que ser una ética *intercultural* también.